

El principio de individuación en la filosofía felina.

René Brondo Ricárdez.

(Basado en una historia real)

Fui al veterinario por una operación que no entiendo. Solo recuerdo que, antes de quedarme dormida, dieron mi información: “Chispita, gata de cinco meses, cirugía”. Lo desconcertante fue el regreso a casa. A pesar del dolor, yo quería jugar. Curioso fue que, al encontrarme con mi hermana, no se me acercaba, y cuando yo iba hacia ella, bufaba como si yo fuera una desconocida. Mi mamá me ignoró también. “Ámbar –le dijo mi humano-, no seas grosera con tu hija”. ¿Pero él sí me recordaba? Con eso de que ya nadie sabe quién soy. ¿Y qué opino yo de aquello que me hace ser Chispita? Tal vez el nombre que me pusieron es lo que me define. ¿Si me cambiara el nombre a Mittens, tal vez ahora sí me recuerden o eso alteraría mi personalidad?

Soy un gato, mi familia también, pero eso no me distingue de ella. A veces veo otros gatos, pero yo no soy ellos. ¿Soy el cuerpo en el que me tocó nacer? Creo que eso puedo ser, porque nadie tiene el pelaje tricolor con el que yo nací, ¿pero si me pintan o me decoloran, acaso no seguiría siendo la misma? ¿No se supone que las células mueren y dan paso a otro cuerpo completamente nuevo cada determinado tiempo? ¿Qué me hace ser? La angustia me corroe por el desconocimiento que aparenta mi familia felina. Tal vez soy quien yo percibo en mí misma, aunque las otras conciencias no logren captarme. Eso puede ser: Chispita es aquella construcción que he hecho de mí misma. Necesito expresar mi individualidad desde lo racional.

Los gatos también razonamos, lo saben Natsume Soseki y Hector Saki; pero mi humano decía que él, por su naturaleza, es animal racional, que eso es lo que lo hace ser y por lo que lo conocen. ¿Necesito demostrar que también pienso? Si mi hermana Coco solo pretende atacar a la intrusa que ahora soy, será tarea imposible. No me recuerda. Y, tal vez, lo que señala la individualidad no es cómo me percibo, sino aquello que permite ese autoconocimiento, probablemente una esencia. Algunos la llaman espíritu. El problema se repite si busco la diferencia que hay entre mi espíritu y el de los demás. ¿O mi esencia es la manifestación de una voluntad particular? ¿O esta es diferente por la personalidad? ¡Pero me comporto igual y no me reconocen! ¿Basta con que yo sepa que yo soy? Eso podría sublimarme a una relación espiritual. No sé si de esa manera vuelvan a

señalarme como la gatita que era desde antes de la operación. Es increíble el cambio que una experiencia, aparentemente insignificante, hizo en mí.

Han pasado dos días desde que reflexiono acerca de quién soy tras mi visita al veterinario. Coco ya se acerca a mí, comienza a hablarme pero no le agrada mucho mi olor. “Ya reconocen su aroma –dijo mi humano-“. No creo que tenga sentido, pero ahora me recuerdan porque sienten el olor que me caracteriza. ¿En eso radica mi particularidad? Lo dudo, pero me basta volver a entablar una pelea y mordiscos con mi hermana. Seguiré pensando qué es lo que me hace ser mientras contemplo al vacío, aunque esta interrogante tome su tiempo. A fin de cuentas, los felinos somos hábiles para cazar y profundos para la reflexión.